



Los poemas mexicanos de Francisco Giner de los Ríos

JOSÉ-RAMÓN LÓPEZ GARCÍA

GEXEL-CEFID Universitat Autònoma de Barcelona

- **Resumen:** Una gran parte del exilio de Francisco Giner de los Ríos Morales transcurrió en México, país al que acabaría considerando una segunda patria. Su poesía recogerá ampliamente este sentimiento, pero su visión de lo mexicano mostrará también ciertas limitaciones condicionadas por varios factores. En primer lugar, la transformación que sufrieron las ideas acerca de América que traían consigo los exiliados y que propiciaron un tratamiento novedoso del hispanismo. En segundo lugar, la vivencia del exilio como una fase temporal que tendría su fin tras la segunda guerra mundial, una idea que entró en crisis con la prolongación de la dictadura franquista. Finalmente, una aprehensión de la realidad mexicana que se concreta poéticamente a partir, por un lado, de las ideas desarrolladas por la Institución Libre de Enseñanza acerca del paisaje como experiencia integral del ser humano y, por otro, desde una cosmovisión arraigada en los principios literarios de la tradición literaria simbolista.

Palabras clave: Poesía. Francisco Giner de los Ríos Morales. Mexicanidad. Hispanismo. Paisajismo. Simbolismo.

- **Abstract:** Much of the exile of Francisco Giner Morales spent in Mexico, a country that eventually considering a second home. His poetry widely will collect this feeling but his vision of the mexican also show some limitations conditioned by several factors. First, the transformation suffered by the ideas about America that the exiles

brought and that led to a novel treatment of Hispanism. Second, the experience of exile as a temporary phase that will end after the Second World War, an idea that was in crisis with the extension of the Franco dictatorship. Finally, an apprehension of the Mexican reality as embodied poetically from the one hand, the ideas developed by the *Institución Libre de Enseñanza* about the landscape as an integral human experience, and secondly, from a worldview rooted in the principles of symbolist literary tradition.

Keywords: Poetry. Francisco Giner de los Ríos Morales. Mexicanity. Hispanism. Landscaping. Symbolism.

El poeta y editor Francisco Giner de los Ríos Morales (Madrid, 1917-Nerja, Málaga, 1995) fue miembro de una de las más ilustres estirpes del liberalismo español. *Sobrino nieto de Francisco Giner de los Ríos (fundador de la Institución Libre de Enseñanza) e hijo de Bernardo Giner de los Ríos García (arquitecto y político ministro durante la guerra civil del Ministerio de Comunicaciones y Transportes)*, fue educado en la Institución Libre de Enseñanza y quedó profundamente influenciado por el magisterio de Manuel Bartolomé Cossío. Promotor, junto con su futuro cuñado Joaquín Díez-Canedo, de la revista *Floresta de Verso y Prosa* (1936), en ella publicó sus primeros poemas bajo los auspicios de Juan Ramón Jiménez. Poco después de estallar la guerra civil se dirigió a Washington, donde pasó algún tiempo en la embajada española, y a principios de 1937, se alistó en el *Ejército Republicano* y fue destinado a los frentes de Teruel.

En 1939 se exilió en México y con la ayuda de Alfonso Reyes trabajó en El Colegio de Mé-

xico y, bajo las órdenes de Daniel Cosío Villegas, en el Fondo de Cultura Económica. Como oficial mayor y responsable de la Biblioteca y publicaciones de El Colegio de México, destaca su colaboración a partir de 1943 en la edición de la colección Jornadas, promovida por el Centro de Estudios Sociales (CES) de la institución y dirigida por el sociólogo español José Medina Echavarría. En este ámbito tomó contacto con los becarios del CES, futuros compañeros de un decisivo viaje que en julio de 1945 realizaría por el sur de México, recorriendo Oaxaca y el Istmo de Tehuantepec.

Además de colaborar *asiduamente* en las principales revistas literarias de la capital mexicana, en muy poco tiempo publicó tres libros de poesía: *La rama viva* (1940), *Pasión primera* (1941) y *Romancerillo de la fe* (1941). *Si el primero*, acompañado de un militante prólogo de Juan Ramón Jiménez, *recogió poemas amorosos*, algunos de ellos escritos antes de la guerra civil, los dos últimos son libros en los que hallamos por igual la defensa inalterable de los ideales asociados con la patria perdida, constantes remisiones a experiencias de la guerra civil, las *primeras impresiones del destierro* y, sobre todo, una fe inquebrantable en la poesía como elemento de regeneración vital. Tampoco se ha de olvidar su papel protagonista, junto con José Moreno Villa, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre y Juan Rejano, en la salida de la tercera época de la mítica revista *Litoral*, o en proyectos editoriales como la serie poética Nueva Floresta, que en sus valiosas diez entregas incluiría en su catálogo títulos antológicos como *Romances (y afines)* (1945) de Alfonso Reyes; *Segundo despertar y otros poe-*

mas (1945) de Enrique González Martínez; *El contemplado* (1946) de Pedro Salinas; *Canto a la primavera y otros poemas* (1948) de Xavier Villaurrutia; *Exul umbra* (1948) de Juan José Domenchina, o *Voces de mi copla* (1945) y *Romances de Coral Gables* (1948) de Juan Ramón Jiménez.

Constituido en México el Gobierno de la República en el exilio, con Fernando de los Ríos, ministro de Relaciones Exteriores, como jefe de Gabinete, el fin de la segunda guerra mundial y las lógicas expectativas creadas ante un posible cambio de situación en España motivaron que Giner de los Ríos viajase a Europa en enero de 1946, con el objeto de asistir en Londres a la primera asamblea de las Naciones Unidas en la que dicha cuestión debía ser abordada. Instalado en París y tras la marcha de Fernando de los Ríos por enfermedad, pasó a ser desde 1947 colaborador del Consejo de los gobiernos de José Giral y Rodolfo Llopis como secretario de Embajada destacado en la Presidencia. Partidario de lograr un acuerdo entre republicanos y monárquicos como vía para restaurar la democracia en España, sus desacuerdos con la posición oficial, representada por Álvaro de Albornoz, le llevaron a presentar la dimisión de su cargo. Aunque pensó entonces en la posibilidad de retornar a España con su familia, al final decidió volver a México en 1948, donde retomó su trabajo editorial en El Colegio de México y *publicó* Los laureles de Oaxaca, libro en verso y prosa inspirado en aquel viaje por el sur de México realizado en 1945. En 1953 y bajo el título de *Jornada hecha. Poesía: 1934-1952*, *recogió la mayor parte de su poesía, reservando las composiciones inspiradas*



en México para el posterior *Poemas mexicanos* (1958). La publicación de *Jornada hecha. Poesía: 1934-1952* coincidió con su marcha a Santiago de Chile, adonde se desplazó para trabajar en la sección editorial de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) *de las Naciones Unidas*. En los siguientes años su trabajo para dicho organismo lo llevó a recorrer toda América Latina y también a pasar otra temporada en México (1963-1967), estancia durante la que apareció, en edición promovida por Max Aub, *Elegías y poemas españoles* (1967).

La situación política tras el golpe militar de Augusto Pinochet le decidió a regresar definitivamente a España en 1975, poco antes de la muerte de Francisco Franco. Vivió sus últimos años en la localidad malagueña de Nerja y desde su retorno a España, publicó varios poemarios como *Por Algarrobo y el Tabo, con las luces del Valparaíso* (1980), en que evoca desde Málaga sus días chilenos, *Borrador de Año Nuevo* (1986), un hermoso testamento poético y amoroso dirigido a su esposa María Luisa Díez-Canedo, o *Desayuno en Riverside (A la memoria de Gloria Giner)* (1991), elegía a su tía Gloria escrita en 1970, dejando a su muerte un amplio corpus de poemas inéditos, póstumamente recogidos en su mayoría en *Jornada hecha. Obra poética 1932-1992* (2008).¹

Buena parte del extenso exilio de Giner de los Ríos transcurrió, por tanto, en México. Una quincena de años cubiertos en distintos periodos (1939-1945, 1948-1953 y 1963-1967) jalonados de experiencias decisivas en su biografía y crea-

ción artística. De hecho, dos de sus libros se centran en lo mexicano como vivencia plena: *Los laureles de Oaxaca. Notas y poemas de un viaje* (1948), libro que fusiona poesía y prosa poética para recrear ese viaje al sur de México realizado en 1945, y *Poemas mexicanos* (1958), en el que se recogían tanto los poemas del anterior como algunas otras composiciones acerca del país. Pero cabe señalar que la presencia de lo mexicano no se limita a estos dos casos pues lejos de ser un campo acotado y autónomo, se integra y ramifica en buena parte de la poesía del autor.

México y España: Ila tensión entre la nostalgia y el arraigo

En su caracterización de la obra de Francisco Giner de los Ríos como una poesía amorosa, Emilio Miró alude al amor primordial —a su tierra, su país, la España de su sangre y su lengua, de sus querencias originarias y sustentadoras de su ser y estar en el mundo— al que se sumaría el nuevo amor [...] por la tierra, las gentes, la poesía de México» (Miró 19). Sin duda, es bien cierta la honda huella que el exilio mexicano dejaría en Giner de los Ríos. Desde su llegada a México desarrolló una íntima querencia hacia las gentes, la cultura y las costumbres de un país que acabaría sintiendo como una segunda patria, circunstancia no demasiado frecuente, en intensidad y prontitud, entre una comunidad exiliada tantas veces incapaz de combinar como este autor la nostalgia española y la vivencia plena de lo mexicano. No obstante, es igualmente cierto que

¹ Los datos resumidos en este apartado pueden ampliarse mediante la información que el propio Francisco Giner de los Ríos facilita en el monográfico que le dedicó la revista *Litoral* (11-59).

su poesía puede ejemplificar los límites que, con frecuencia, manifestaron los exiliados republicanos frente a la realidad mexicana.

Muy a menudo, estas limitaciones se superponen a la tensión ideológica que, en su análisis de *La rama viva* (1940), James Valender considera que aquejó tanto a Giner de los Ríos como al exilio republicano en su conjunto: ¿cuál debía ser la principal obligación del intelectual en aquellos momentos, «atender a las exigencias de la vida pública o mantenerse fiel a la experiencia privada» (344)? James Valender concluye que este primer libro de Giner de los Ríos despertó recelos entre una comunidad exiliada que parecía «atribuirle una indiferencia hacia el problema nacional que no correspondía a la realidad de un poeta que [...] de ninguna manera quiso darle la espalda a su ‘limpio destino español’», circunstancia que explicaría la casi inmediata publicación de *Romancerillo de la fe* (1941), una *plaque* «en que dejó claramente expuestas las razones de su firme fidelidad a la causa republicana» (350).²

Durante sus primeros años de exilio, Giner de los Ríos desarrolla, como en el caso de otros exiliados, una comprensión liberal y universalista de las relaciones entre España y México (y, por extensión, Latinoamérica en su conjunto) que revisa las bases interpretativas derivadas del colonialismo español.³ Mediante estas lecturas,

varios exiliados optaban por una interpretación de América como espacio político de realización y lograban erigir, en el horizonte de una segunda guerra mundial en la que ellos contemplaban la reinstauración de las libertades democráticas republicanas, un discurso resistente y esperanzado, si bien no pocas veces de tintes míticos, mesiánicos o utópicos. En su discurso poético, no obstante, Giner de los Ríos decantaba más la cuestión hacia una vertiente nostálgica, que no desesperanzada, que privilegiaba la exposición de la intimidad en la dinámica histórica de la guerra civil.

En este sentido, una lectura global de su poesía revela asimismo la tensión que establece su permanente nostalgia por la España perdida y su indudable capacidad para asimilar las nuevas realidades exiliadas como un ámbito de realizaciones positivo y luminoso. Así, ya desde *Romancerillo de la fe* (1941) se problematiza el tema del retorno con la postulación del exilio y la realidad mexicana como instancias provisionales: «Esta tierra que piso / ¡No quiero aquí mi muerte! / La dura tierra nuestra / el pecho me requiere» (2008a 190). En *Jornada hecha. Poesía: 1934-1952* (1953) son muchos los momentos en que se refleja esta misma tensión. En «Destino limpio», poema esencial en su trayectoria, México es el espacio cálido desde el que se evoca permanentemente la patria perdida: «alentando en mi pecho, que coge lenta-

² Desde las páginas de *Romance*, Adolfo Sánchez Vázquez expresaba en 1940 este estado de opinión con inequívoca rotundidad: «Por esto Giner, como toda la joven generación española, se encuentra frente a este dilema decisivo: o sabe hacer sangre poética verdadera esta rica y extensa herencia humana y en este caso se salva definitivamente para la poesía, o todo lo vivido resbala sin dejar una marca profunda, en cuyo caso su poesía se perderá para siempre. Sólo un nuevo libro puede darnos una respuesta definitiva a esta pregunta» (18).

³ Son interesantes las ideas que expone desde la plataforma de Cuadernos Americanos en artículos como «De la conquista a la independencia» (1944) y «Razón de México y España» (1945). Barriales-Bouché analiza estas tesis en el conjunto de los exiliados agrupados alrededor de Cuadernos Americanos.



mente / el calor de otra tierra para su tierra airada» (2008a 349).⁴ Se manifiesta entonces la centralidad de lo paisajístico en su cosmovisión poética, en este caso mediante la superposición del paisaje presente de México con las topografías de una memoria española que privilegia la experiencia de la guerra civil —«Puerto Escandón, ¡qué alegría / volver a verte en el cielo / esta tarde mexicana / tan alta en tu recuerdo! [...] Esta tarde mexicana / tu tierra sobre mi pecho» (2008a 354-355; «Guadarrama lejano: / mi corazón se quema» (2008a 362)— hasta desembocar en una vivencia angustiada cuyo escenario es el espacio presente del exilio mexicano: «Que me encuentre aquí la muerte / todo de angustia cubierto» (2008a 363). Este proceso culmina en una vivencia dual de la identidad como la que poetiza «Testamento»:

Si me muero aquí
que me entierren en el cielo
y que lleven mi alma
a la tierra en que debí morir,
a la tierra en que alguna vez morí
(2008a 365-366).

Así, México se presenta tanto como una tierra de acogida fraternal que permite conservar la esperanza del regreso como una tierra irremisiblemente ajena:

¡Qué distinto el paisaje y monumentos
con que voy sosegando la mirada
y la turbia clamor desazonada
de pasados, antiguos desalientos!
[...]
Voy hallando la viva fuerza ausente
desde el valle de México, callado,
tembloroso de luces y de anhelo
(2008a 442).

Durante muchos años, la creencia honda de Giner de los Ríos fue la de estar viviendo un destino erróneo, una vida en paralelo que arrancaba del extravío que supuso la guerra civil. Un espacio inmóvil y vacío de sentido que poetiza magistralmente en uno de sus mejores poemas, «Con mi muerte otra vez», publicado originalmente en *L'Espagne Republicaine* de Toulouse en 1946:

Yo debía haber muerto con vosotros
en la hora exacta de la muerte mía,
y no tener tan lejos de mi frente
esa aurora que guardan vuestros huesos
[...]
Yo debía haber muerto con vosotros
estar cantando vuestro mismo canto,
no sentir la impotencia de mi sangre,
joven y exacta en medio de la vida,

⁴ Véase al respecto el artículo «Destino limpio» publicado en *Romance*, en el que Giner de los Ríos reafirma su posicionamiento inicial ante el exilio en México: «Todo lo que la vida nos da ahora, ancho y estrecho, alegre o triste, es provisional y momentáneo [...] no hay otra razón de vida, otro camino que el de España y el de su libertad. En él hubiéramos muerto y por él vamos a vivir y a morir de nuevo. [...] Nosotros sentimos en nuestros hombros el peso maravilloso de España y su nombre y su fuerza nos empujan hacia adelante. Nos quema en las venas la esperanza de su mañana y sabemos que en ella tenemos nuestra parte, nuestro mensaje apasionado y esta energía que hoy vamos encontrando. Resurge la fe pasada, cuya esencia no ha podido deshacer nada ni nadie, por sucio y bastardo que haya sido. Nuestro destino, que sentimos limpiamente sujeto a esta fe, nos pertenece a nosotros en su lucha española. Para nosotros queremos toda la angustia de España y toda la alegría de volver a buscarla, libre y alta en todos los caminos que nos abre la vida. Tenemos ya estas dos fuerzas y la conciencia segura de un destino limpio. Navigare necesse est» (1940a 3).

sin lucha que luchar, arrinconada
 en esta angustia de sentirse quieta.
 Nada vale morir sin vuestra muerte,
 sin aquel campo y cielo, sin las piedras
 que abrieron su dureza a vuestras frentes
 (2008a 418-420).

De hecho, no será hasta el momento en que se consume el regreso a España que se objete en su poesía una vivencia del exilio que integra lo mexicano como parte de esa misma condición exiliada. En *Exposición del exilio*, escrito tras su visita a la muestra *El exilio español en México 1939-1978* celebrada en el Palacio Velázquez de Madrid en diciembre de 1983, la superposición paisajística invierte los términos del pasado hasta confluir en una fusión celebradora: la luz de un Guadarrama que vivió por el Popo / y que sembró su tierra de amor, con la palabra / del beso que el espíritu va clavando en la carne. / Al fin, España en México y México en España (2008a 656).

Sin embargo, pocos días después, en otro poema sin título, se expresa con mayor hondura el alcance del exilio mexicano y de un regreso que consume y expande a la vez ese mismo exilio:

¿Y por qué me fui yendo de mí mismo
 si yo creí que ya me iba encontrando?
 [...]
 Y ahora lo sé y tengo la respuesta.
 Está lo mío allá y acá se va encendiendo.
 Tiene dos luces: en medio está el misterio
 de ser de aquí y de allá, todo completo
 y no importa morir
 todo lo ello, es ello
 y, sobre todo, esto
 (2008a 657-658).

Una mexicanidad problemática

Este sistema de relaciones de fondo entre lo español y lo mexicano, basado en una nostalgia activa garante del compromiso sentimental, ético e ideológico con el republicanismo, no es excluyente con otras formas más directas e inmediatas de aprehensión de la realidad de su país de acogida. Una parte sustancial de la poesía de Giner de los Ríos ejemplifica así el interés que muchos exiliados españoles mostraron por la tierra mexicana. Con ello se sitúa en una nueva visión de Latinoamérica, distinta, más allá de sus limitaciones y paradójicas lecturas nacionalistas e identitarias, a la que hasta entonces se había realizado de forma mayoritaria desde la perspectiva colonial de la metrópoli. En este sentido, Giner de los Ríos se halló inmerso en un ambiente propicio a esta revisión, pues muchos intelectuales ligados a El Colegio de México hicieron de esta cuestión objeto central de sus intereses. Por ejemplo, José Gaos, cuando propone una inclusión no problemática de autores latinoamericanos y españoles en su *Antología del pensamiento de lengua española* (1945); y Gaos y su discutible concepto de «trastierno» (Faber 211-217) están muy cercanos a la significación que Giner de los Ríos otorgaría a su experiencia exiliada. También la labor de historiadores como Miranda e Iglesia Parga o, por descontado, las aproximaciones de varios escritores, algunos de ellos muy próximos a nuestro autor, como José Moreno Villa y su *Cornucopia de México* (1940) o Juan Rejano y *La esfinge mestiza. Crónica menor de México* (1945), textos que han sido sucintamente comparados con *Los laureles de Oaxaca* (Pé-

rez de Ayala). Una revisión presente asimismo en el contexto intelectual mexicano, tanto desde la «mexicanidad» y «filosofía de lo mexicano» oficiales y dominantes en el discurso académico de aquellos años como desde posiciones críticas que se alejaban de estos conceptos, baste con recordar ahora el fundamental y polémico ensayo de Octavio Paz *El laberinto de la soledad* (1950), que plantea una tesis muy controvertida de lo mexicano (Blanco Aguinaga).

La relación de Giner de los Ríos con lo mexicano y su vivencia del exilio, aunque no excepcionales, no fueron las más frecuentes. Desde las páginas de *Umbral*, ya en 1943, realiza una afirmación que plantea en términos exactos el cariz de su conflicto: «México se me ha entrado muy hondo, tierra y gente. Podría vivir en él siempre, si no tuviera dentro lo que nada ni nadie podrá quitarme. [...] Abandonar aquello sería abandonarnos, perderlos sin sentido. [...] Y estoy esperando bajo el cielo generoso de México» (*Litoral* 15). En 1983, asentado otra vez en España, él mismo hace balance de esta particularidad que determinó su biografía:

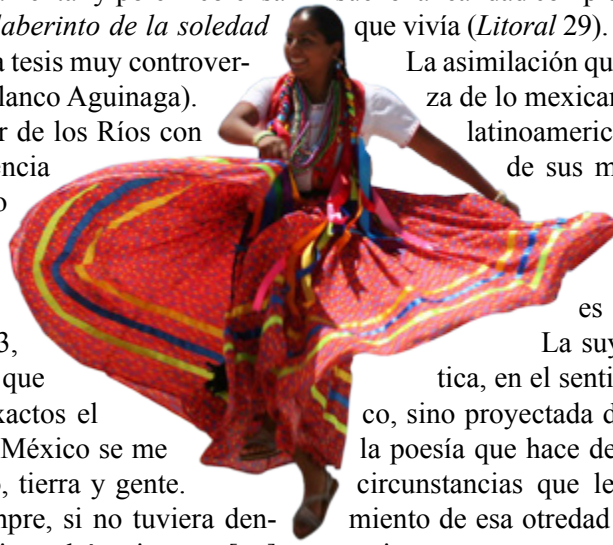
He sido en México —lo veo ahora bien claro— un refugiado peculiar. Sé que se criticaba mi despego de lo español político del día en los corrillos divididos y hostiles de nuestra emigración, mi preferencia por lo mexicano y por el mundo nuevo que el país me abría ante los ojos, asombro enamorado. Y era verdad en el fondo de mi gesto,

en lo que más llamaba a mi inclinación, el amor a la tierra que encontraba y dictaba su ley de hermosura. Tenía más amigos mexicanos —varios de ellos *hermanos*, además—, sin dejar mis querencias y amigos españoles, que siempre me llevaban a lo mismo: volver hacia lo nuestro, hacer del sueño la realidad completa del desvelo español en que vivía (*Litoral* 29).

La asimilación que Giner de los Ríos realiza de lo mexicano (y de lo chileno, de lo latinoamericano en general a lo largo de sus múltiples viajes) se basa, en efecto, en este dictado «de la hermosura», en esa percepción que es «asombro enamorado».

La suya no es una mirada crítica, en el sentido histórico o sociológico, sino proyectada desde una concepción de la poesía que hace de la sorpresa y la belleza circunstancias que le conducen al enamoramiento de esa otredad que configura el mundo mexicano.

Acaso en ningún libro se observe mejor esta circunstancia que en *Los laureles de Oaxaca. Notas y poemas de un viaje*, especie de diario de viaje en el que alternan poemas y prosa lírica. Cabe señalar que en *Poemas mexicanos*, dichas poesías se recogen de manera autónoma, impidiendo así una ajustada evaluación de las implicaciones identitarias respecto a lo mexicano y lo español que supone la obra originaria en su conjunto. En otro lugar (López García) he planteado un análisis de *Los laureles de Oaxaca* con el objetivo de determinar un doble proceso. En primer término, constatar la elusión de casi todo



referente histórico, crítica social o comentario político en esta traslación del emotivo recorrido por el paisaje mexicano, procedimiento que parece difícil imputar únicamente al cuestionable artículo 33 de la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* («Los extranjeros no podrán de ninguna manera inmiscuirse en los asuntos políticos del país»). Circunstancia que, además de reflejar la particular actitud de una parte sustancial del exilio republicano, se adecua a las estrategias que una importante sección de la intelectualidad mexicana (representada aquí por los acompañantes mexicanos del poeta español) desplegaría a la hora de elaborar un discurso identitario, problemático y cargado de contradicciones irresueltas, que situase a la nación posrevolucionaria en la modernidad (Sánchez Prado). En segundo término, y acaso como elemento que a la vez explica y compensa en cierta medida el anterior, *Los laureles de Oaxaca. Notas y poemas de un viaje* y el conjunto de la poesía de Giner de los Ríos desarrollan una visión poética de lo real que bebe en las fuentes del paisajismo institucionista y de la tradición literaria simbolista en que se formó el poeta, con Juan Ramón Jiménez como su más destacado representante. La combinación de ambos factores determina que al tiempo que se elabora una particular visión poética de la realidad mexicana y se produce un proceso de aprendizaje personal en relación con el pasado precolombino y colonial, se propicie un acercamiento a la mexicanidad que reafirma mitos del nacionalismo español y se suma a la invisibilización de grupos y procesos histórico-sociales del país de acogida.

Giner de los Ríos concibe la poesía como un

acto de percepción de lo bello que se realiza en comunión con la soledad. Sin embargo, y dada esta predisposición hacia lo mexicano, no deja de resultar paradójico que a lo largo de su obra apenas encontremos referencias al complejo entramado multicultural de las zonas del país que visitó. Aunque para el poeta México constituyó un proceso de aprendizaje notable que le llevó a entender los procesos de transculturación o de sincretismo religioso y arquitectónico como signos reveladores de la opresión colonial española, esta revelación apenas deja huellas en su obra y es escasamente explorada en sus consecuencias globales. Es especialmente destacable su traslación del estado de Oaxaca, conformado por una gran diversidad de grupos etnolingüísticos (zapotecos, nahuas, huaves, chatinos, mixes...) de los que no hallamos prácticamente ninguna referencia. La única alusión al zapoteco, por ejemplo, se inscribe en una descripción del ambiente del mercado de Juchitán dominada por la seducción de lo exótico, el gusto por el detalle impresionista y la visión pintoresca y folclórica de la hermosura de esas mujeres de «morenos brazos desnudos», andares primorosos y coloridos huipiles que hablan con «esta preciosa lengua incomprensible que se enreda por las flores y las telas, entre las jícaras de mil colores, y siembra todo de sensualidad» (2008b 110). De igual modo, las menciones a las desigualdades económicas son siempre indirectas y no van más allá de referencias a las «pobres casas», predominando una visión dulcificada de la humildad, una defensa de la «fe popular»





(que, pongamos por caso, se expresa de manera «ingenua» y bella en el interior de las iglesias frente al arte monumental, 2008b 47), una recreación poética de los oficios (como muestra el romance «La frescura del mercado (Romance de Rosa Gracida)», 2008b 42-44) y una vaga vindicación telúrica. La descripción de lo popular queda siempre fijada desde una óptica plena de simpatía, sin duda, pero que no indaga en el porqué de las desigualdades y las condiciones de vida de este colectivo, y que no deja tampoco de caer en muchos momentos en la trampa del paternalismo.

Lo español está muy presente en estos recorridos por los paisajes mexicanos y como en tantos otros casos, Giner de los Ríos ve, más que lo mexicano, lo que de español se integra en México (toponimia, climas, arquitectura). Una españolidad filiada acríticamente a la herencia colonial ejemplificada en figuras como Balboa, Hernán Cortés o Bartolomé de las Casas. En los casos en que esta relación no se da, se evidencia entonces la imposibilidad de la identificación, por ejemplo, cuando el paisaje monumental se refiere al pasado prehispánico. En su poema a las ruinas de Monte Albán de 1945 (2008a 475), se invoca inútilmente a una «misteriosa deidad» para que le descifre la «hermosura extraña», la «canción» que «traen las piedras hasta el centro del pecho». Descontextualizada en *Poemas mexicanos*, la visita a Mitla supuso, como se explica en *Los laureles de Oaxaca*, la manifestación de determinadas barreras muy presentes aún en el orden social. Barreras transparentadas en la propia riqueza de las zonas arqueológicas y monumentales que en la región de Oaxaca historifi-

can el complejo componente indígena de la identidad mexicana. Durante su paseo por las ruinas de Mitla, Gregorio García Melchor, el cicerone zapoteca que acompaña su itinerario de unas explicaciones en las que hay un «orgulloso amor», como si fuera «el señor antiguo de este palacio», señala en un determinado momento que «Sí, aquí había cosas preciosas hasta que vinieron los españoles a deshacerlo todo» (2008b 84). Ante esta afirmación, Giner de los Ríos no puede dejar de anotar su complejo de culpabilidad: «Es tan vivo el recuerdo que parece el mismo Gregorio el desposeído. Y sin querer me siento como culpable ante sus negros ojos, nacidos a la luz entre su amor a esta piedras, tuyas del todo hasta en el sufrimiento» (2008b 84). Esta lección aprendida se aplicará pocas horas después en una nueva asimilación del paisaje, cuando se apunte cómo una «iglesia pequeña, pegada a las ruinas, nos molesta ahora. Tiene un aire invasor que nunca le habíamos atribuido a las piedras también. La fe que pretende encerrar dentro no cuenta en la impresión de ahora. Es la piedra misma, amarilla y rosada, la que resulta blanda e intrusa en el señorío del pedregal, junto a estas piedras indias, dueñas otro día del viento» (2008b 86). De este modo, cuando se alcanza la localidad de Tlacoahuaya, todo está dispuesto para entender de manera bien distinta los procesos de sincretismo y transculturación que revela el interior de su «precioso convento popular», en el que «Lo mismo el policromado que las carnes y paños son de la tierra, de los hermanos antiguos de Gregorio García ganados a otra fe. Pero su mano lo gana todo también cuando entramos. La iglesia es un vergel de enormes flores y pájaros multicolores.

[...] Catolicismo indígena, lo menos católico posible, lo más cristiano y puro en su sencilla fe» (2008b 87-88). Con menor intensidad que en otros textos dedicados a México por sus compatriotas, como Rejano o Cernuda, Giner de los Ríos apunta en estas últimas impresiones un reconocimiento de las deudas coloniales, abriendo un punto de fuga a su concepción mítica y nacionalista de la hispanidad.

No obstante, el final de *Los laureles de Oaxaca* sitúa los límites de esta asimilación y conocimiento de lo mexicano, e incluye los propios niveles de incomunicación que existen entre las clases populares indígenas y la élite social mexicana (representada por la mayoría de los miembros de este grupo de becarios del CES que acompañan al poeta), élite que no ha hecho, ni mucho menos, de la cuestión indígena un tema ni social ni históricamente resuelto. «El último día de Oaxaca» de la expedición, 23 de julio de 1945, coincide con una celebración local de la que sólo se nos aporta una descripción externa y que parece desconocerse por completo. Tanto él como sus compañeros mexicanos son incapaces de reconocer la fiesta local a la que asisten, Se trata de Los Lunes del Cerro, nombre que bajo el dominio cristiano adoptó la supuesta ceremonia precolombina consagrada a la diosa del maíz Centéotl y al que más tarde se le aplicó el nombre de *guelaguetza* —«una palabra zapoteca que significa reciprocidad, ayuda mutua, ya sea en trabajo o en especie, cuando los familiares y paisanos lo requieren» (Montes García 9)— que, en realidad, constituye la «invención» de una nueva tradición, impulsada a partir de 1932 con el denominado «Homenaje racial» celebrado con

ocasión del IV centenario de la fundación de Oaxaca y cuyos fundamentos racistas han sido bien estudiados (Lizama Quijano; Poole 2000, 2004), legitimando la imagen estereotipada del indio que conviene al sujeto criollo y, por extensión, al conjunto de las élites revolucionarias mexicanas. Con el tiempo, esta festividad se ha convertido en uno de los espectáculos turísticos más importantes de México, ofreciendo bajo la coartada del multiculturalismo un símbolo no conflictivo de la identidad oaxaqueña, que oculta las históricas desigualdades económicas y sociales de la región y que queda legitimado por la supuesta autenticidad de los elementos externos que componen sus distintas actividades y representaciones (elección de la diosa Centéotl, el Bani Stui Gulal o la leyenda sobre la princesa Donaji).

En concreto, Giner de los Ríos y sus amigos asistieron a una dramatización de las denominadas Danzas de la Conquista, modo de expresión colectivo a través del cual se transmite el patrimonio histórico en numerosas comunidades americanas y mecanismo de reparación histórico-sociológico del proceso colonial. Fascinados sólo por la belleza externa de la celebración, esta percepción es prueba del abismo cultural entre los indígenas y las clases dirigentes (mexicana y europea), carentes de los códigos para desentrañar el verdadero sentido del espectáculo (López García). No obstante, frente a este sentido de reparación histórica del proceso colonial, Giner de los Ríos apunta una recepción muy distinta: «Y si no entendemos la trama del asunto —¿qué más da, economistas casi convertidos a la poesía?—, nos quedamos, en cambio, prendidos en el ritmo de los danzantes, en sus saltos prodigiosos, en



la elegancia de sus airosos plumeros, en lo abigarrado del conjunto, la música muchísimo más fuerte ahora, trepadora del monte, hasta este casi cielo en que estamos nosotros» (2008b 144).

La descripción de lo popular, por tanto, queda mayoritariamente fijada desde una óptica plena de simpatía, sin duda, pero que no indaga en el porqué de las desigualdades y las condiciones de vida de este colectivo, y que no deja tampoco de caer en muchos momentos en la trampa del paternalismo, sin postular en ningún caso un análisis a fondo de las causas de la pobreza y vida humilde de los indígenas mexicanos, sometidos también ellos a un proceso de idealización. Este proceder explicaría también que las referencias a la convulsa historia del territorio de Oaxaca sean casi inexistentes. Una historia donde, de nuevo, el papel asignado a los indígenas es muy revelador de las actitudes adoptadas por las distintas instancias de poder. Basta con aludir a las anecdóticas referencias a Benito Juárez, primer y único indígena dirigente del país, motivadas más que nada por la presencia del monumento al prócer oaxaqueño que se alza en el cerro del Fortín, visto como «el gran indio —nuestro ya también—» que huye de su «escultura inútil» para reintegrarse en el paisaje de su tierra y volver a «defender la tierra inquebrantable que llevaba con él» (2008b 57). Parecido tratamiento encontramos en el caso de personajes históricos como Bartolomé de las Casas, cuya estatua, antes que servir de pretexto para remitirse a su labor de defensa de los indígenas, se describe como «lejos del quehacer con sus indios y de las santas rabietas con los encomenderos, y casi se sonrío, nos sonrío, señor, señorito sevillano al fin, toda

su gracia andaluza floreciéndole la cara» (2008b 37). El poema «La Noria» va precedido por una nota en que se especifica «(Sin don Porfirio)», en alusión a Porfirio Díaz y su Plan de la Noria de 1871 que buscó el derrocamiento de Juárez, puesto que el centro de interés es solo la percepción sensorial del paisaje determinada por la perspectiva simbolista del atardecer: «Adiós, La Noria callada. / Me gustaría quedarme / con tu huerta y con tus frutos / en la gracia de tu tarde» (2008a 471). O durante su visita al pueblo de Yanhuitlán, se afirma que se olvidan del famoso códice del siglo XVI de su convento (reflejo de las tensiones entre caciques, encomenderos y nativos) para focalizar toda la atención en el ciprés del claustro: «Tu alto ciprés nos despierta / bajo tu cielo suave. / ¡Cuánto aire llena el monte! / Que el corazón no se salte / de tanta piedra a su espalda / y a sus ojos tanta tarde!» (2008a 462).

Como apunta con perspicacia Francie Cate-Arries siguiendo las tesis de Edmundo O’Gorman y otros investigadores acerca de la llamada «invención de América», muchos de los exiliados terminaron por crear «a notion of Mexico as an ‘ideal place’» (227). En el caso de Giner de los Ríos, esta invención no deriva en una utopía política al estilo de Rejano, pongamos por caso, sino en una proyección del mundo como unidad poética en que se eliden los procesos de violencia colonial y social ligados a la transculturación. México acaba siendo un emplazamiento sensitivo y poético, el legado de la revolución mexicana o la herencia colonial no pasan de ser el telón de fondo de una percepción simbólica del paisaje. En este sentido, cabe señalar que Giner de los Ríos viene a coincidir con otras visiones de inte-

lectuales oaxaqueños de las décadas de los treinta y cuarenta, más interesados en la estilización literaria de lo autóctono que en sus condiciones sociales reales; autores que, a decir de Poole, plantearon un enfoque literario de «sentimientos y naturaleza provincial o regionalista» supuestamente arraigados en «el paisaje, colores y costumbres provincianas de "La Verde Antequera"» como medio para definir su identidad y reapropiarse «de las formas culturales creadas por el estado nacionalista revolucionario», un proceso en que la guelagueta juega un destacado papel (2000 149) y que se manifiesta asimismo en las recreaciones idealizadas de la ciudad de Oaxaca que marginan sus aspectos sociales (Lizama Quijano 42-44). De hecho, las piedras de tonalidad verde empleadas en la construcción colonial de Oaxaca son descritas en numerosos poemas por Giner de los Ríos como atributo de la inefabilidad: «¡Esta piedra verde! Es una mezcla tan lograda de ternura y firmeza que maravilla como un compendio de lo delicado, siempre fuerte si bien lo vemos. Al mismo tiempo nos parece que la piedra sostiene a Oaxaca y que Oaxaca

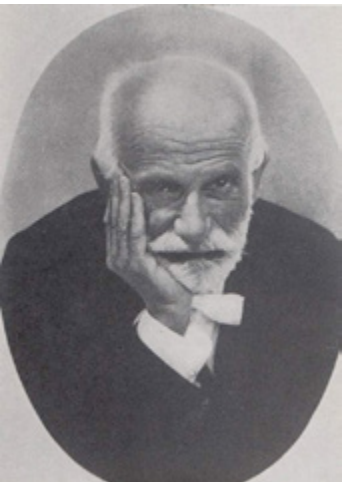
se escapa por ella —su densa respiración haciéndose inefable— al cielo» (2008b 30).

Todo ello no significa que, por otras vías, Giner de los Ríos no alcance un tipo de asimilación identitaria bien distinta, fundamentada en los mecanismos que rigen su percepción del paisaje. Una percepción que, como interpretó Alí Chumacero, se puede concretar en «una cacería poética de lo contradictorio» mediante la cual,

«en todo, aun en lo nimio, en lo que aparentemente apenas existe, Giner descubre con amoroso tacto la presencia invisible de la belleza»; en este sentido, concluye Chumacero, gracias a su mirada extranjera, Giner de los Ríos actúa así como una posibilidad para conocer aspectos inéditos «de eso que llamamos "lo mexicano"» (*Litoral* 96).

Paisajismo y simbolización

Los motivos por los que en esta poesía termina por imponerse una visión poética ajena a otras dimensiones socio-históricas no se deben a la imposición constitucional que prohibía a los extranjeros participar en la política mexicana. Existen asimismo poderosas razones ligadas a la educación sentimental de Giner de los Ríos que determinan su especial sentimiento y percepción del paisaje. La biografía de Giner de los Ríos está marcada por un profundo amor a la naturaleza y al paisaje como elementos esenciales en su comprensión de aquello que sea el arte y el goce estético. Así ocurre desde sus primeras excursiones en 1926 a San Vicente de la Barquera (Santander) con la Colonia Escolar de la Institución Libre de Enseñanza o durante sus estancias en las dependencias de la Institución en Navacerrada y sus veraneos en Nerja y Miraflores de la Sierra, actitud que se prolonga a lo largo de una geografía exiliada que cubre especialmente las tierras de México, Centroamérica y Chile. En este sentido, cuando ha de hablar de su tío abuelo y tras recordar su vivencia hasta los catorce años dentro de la Institución Libre de Enseñanza y el magisterio de Manuel Bartolomé Cossío, precisa





la herencia de ambos personajes en estos términos: «me queda en los ojos el amor por la naturaleza viva y el afán de una esperanza serena de perfección española» (*Litoral* 14). La escritura de Giner de los Ríos, en suma, es incomprensible sin esta aprehensión del paisaje como parte de una fenomenología poética con la que desarrolla su visión del mundo y la poesía.

En un ensayo clásico del institucionalismo de su tío abuelo Francisco Giner de los Ríos, «Paisaje» (que gozó de dos versiones, una de 1886 y otra de 1915), se sentaban las bases para una comprensión del proceso de percepción de los paisajes cuyos principios se incardinaron en la renovación pedagógica impulsada por la Institución. Todos los sentidos, afirma, forman una unidad global en este proceso, participan de una experiencia común que hasta puede convertir el paseo contemplativo en un mecanismo de regeneración, hacer de él «una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa» (55). Regeneración que también se aplica a una articulación que trasciende lo meramente personal, pues la aprehensión del paisaje lo es también de la propia identidad nacional, un discurso que tomaba de forma directa la noción geográfica moderna de Humboldt y cuyas implicaciones ha reseñado Nicolás Ortego Cantero.

La defensa institucionalista del goce directo del paisaje como medio para la educación «interior del ser humano» se convierte ahora en estos poemas en una actualización de la percepción analógica romántica. En este sistema de interpretación del mundo, el ser humano entra a formar parte del paisaje como integrante de una unidad mayor. Nos encontramos ante una red de integraciones que hacen

del yo y de la naturaleza un todo armónico. En sus poemas oaxaqueños, por ejemplo, se nos habla de un silencio esencial, ontológico, que se manifiesta en un proceso de percepción casi panteísta y que halla en los árboles, en los laureles de la nocturna Oaxaca, su mejor correlato. Se trata de una vivencia orgánica, en la que los olores, los sonidos, los sentidos todos entran a formar parte de un cuerpo, de una respiración comunes, proceso de comunión analógica que hace de la correspondencia exterior-interior una realidad perceptible que va más allá de los elementos visibles. Giner de los Ríos plantea así su proceso de percepción como una ósmosis entre cuerpo y paisaje, una apropiación sensitiva del paisaje que lo es también de la identidad que éste contiene y del propio canto, palabra, con que se expresa: «Laureles, que ya sois míos. / No me dejéis sin cantar. / Veníos con la alta tarde / en mi corazón, ya en paz» (2008b 48). En este sentido, *Poemas mexicanos* se cierra con «Laurel del viento. Homenaje a Enrique González Martínez», en el que la loa al poeta mexicano funde paisaje y voz poética en el correlato del laurel (2008a 502-505).

Situados en este punto, no es de extrañar que hallemos como presencias fundamentales en la constitución de este canto la figura de Juan Ramón Jiménez y la poética simbolista, el modelo y la tradición más presentes en la obra del poeta. Un magisterio que se cifra al menos en dos características: la ya comentada aprehensión lírica del paisaje y la abundancia del romance lírico como formato que propició la renovación poética finisecular y que Giner de los Ríos valora como la expresión de la «más pura emoción» cuando introduce su edición de *Tesoro de romances españoles* (1940b 6). Se trata de ese lirismo que fuera recuperado por Jiménez para

expurgar los elementos narrativos en favor del contenido emocional y para convertir al romance en un vehículo de la sugerencia, una práctica que sería después recogida por Antonio Machado o García Lorca, otros dos nombres muy presentes en su poesía. Por descontado, el romance también se utiliza en prácticas más coloquiales («La frescura del mercado», 2008b 42-44) y narrativas, por ejemplo, en la «Leyenda de la Soledad» que conforma el capítulo VII de *Los laureles de Oaxaca*, en el que se recrea la leyenda popular que explica el origen de la pequeña imagen de la Virgen de la Soledad, depositada en el templo del mismo nombre de Oaxaca. La misma soledad que, como estado de la percepción poética asociada al silencio y a la noche, preside el conjunto de *Los laureles de Oaxaca* y muchos de los poemas del autor. La influencia de Juan Ramón Jiménez se puede hacer extensiva a otros procedimientos, algunos cercanos al uso del collage mostrado en *Diario de un poeta recién casado* (1917), como ese momento en que la visión de las tumbas del casi olvidado cementerio de Monte Albán queda interrumpida por la irrupción de «un anuncio de muebles»; o en ecos que son homenajes casi declarados al maestro moguerño, como en la extensa composición «Mar en Salina Cruz» que ocupa todo el capítulo XII: el verso «Mar, contigo otra vez, solo contigo» (2008b 119) evoca aquel otro de «El mar otra vez, el mar conmigo» de uno de los *Romances de Coral Gables* (Jiménez 119) que por aquellos días leía el Giner de los Ríos editor preparando la edición del libro de su maestro.

Es esta vertiente simbolista la que explica el uso de un lenguaje plagado de sinestesias, la morosidad en las descripciones, el cromatismo que busca siempre el matiz y la sugerencia, la dotación

metagógica frecuente en elementos del paisaje, la búsqueda de la palabra precisa... La sensorialidad de esta propuesta estética encuentra así en el impresionismo un tono íntimo y efectivo, y no exento de un componente elegíaco de estirpe clásica, como en esta descripción de un «Rincón de San Francisco» de evidente intertextualidad con el «Romance sonámbulo» lorquiano:

Piedra verde y laurel verde,
ya casi verde es el pájaro.
¡Qué verde toda la tarde
en lo verde de su salto!
¡Y qué verde el corazón,
de verde anhelo colmado:
tan pronto en la verde piedra
como en el verde del árbol!
Como otro pájaro verde
es su verde sobresalto.
Y ya no sé sobre el verde
qué verdes están temblando:
si mi verde corazón,
la piedra, el laurel o el pájaro
(2008a 474).

Todo ello se pone al servicio de una captación de las correspondencias de esta Naturaleza que es también paisaje del yo, escenario del que se aprehende el instante, único y perecedero. No es de extrañar que Paz considerara que en la poesía de Giner, «la visión instantánea casi siempre contiene una metafísica» que alterna con visiones puramente sensoriales y físicas, en la que «no conjuga a los tiempos del tiempo sino a los colores, los olores y los elementos» (*Litoral* 117). En el poema «Juchitán», compuesto por tres composiciones breves a modo de haikús, el poeta demuestra una extraordinaria ca-



pacidad para la captación sensorial de lo cotidiano que es acceso a una visión trascendente y luminosa de lo real. Así, su descripción del mercado de esa villa mexicana: «¡Qué borrachera de olor! / El mar en la tierra abierta, / el pescado con la flor», que se alterna con el asombro ante lo natural: «Si el cielo dice que sí / y la clara tierra no, / ¿cómo la flor?» (2008a 480).

Se trata, en suma, de una percepción analógica del mundo, en el que la contemplación alcanza matices extáticos, un idealismo fenomenológico en que se impone la percepción de la instantaneidad de lo bello por encima de cualquier otra instancia de orden histórico. Es, en definitiva, a través de esta percepción del paisaje como Giner de los Ríos quiso hacer suyo y evidenciar poéticamente ese «amor a la tierra [de México] que encontraba y dictaba su ley en la hermosura», esos poemas que le fueron dando, como él mismo afirmó, «la luz y el paisaje mexicano». ■

Bibliografía

- Barrales-Bouché, Alejandra (2001): «Patria de destino versus patria de origen: la visión de los exiliados españoles en Cuadernos Americanos». *Historias* 48: 55-65.
- Blanco Aguinaga, Carlos (1975): «El laberinto fabricado por Octavio Paz». De mitólogos y novelistas. Madrid: Turner: 5-25.
- Cate-Arries, Francie (2000): «Conquering Myths: The Construction of México in the Spanish Republican Imaginary of Exile». *Hispanic Review* 68: 223-242.
- Faber, Sebastiaan (2002): *Exile and Cultural Hegemony. Spanish Intellectuals in Mexico, 1939-1975*. Nashville: Vanderbilt University Press.
- Giner de Los Ríos, Francisco (1960): Tres ensayos. En el centenario de Julio Sanz del Río. Paisaje. Salmerón. México D. F.: Publicaciones de la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza, del Instituto Escuela y antiguos residentes de la Residencia de Estudiantes de Madrid (Grupo de México).
- Giner de los Ríos Morales, Francisco (1940a): «Destino limpio». *Romance* 6: 3.
- (ed.) (1940b): *Tesoro de romances españoles*. México D. F.: Editorial Nuestro Pueblo.
- (1944): «De la conquista a la independencia». *Cuadernos Americanos* III, 6: 195-200.
- (1945): «Razón de México y España». *Cuadernos Americanos* IV, 5: 68-74.
- (2008a): *Jornada hecha. Obra poética (1932-1992)*. Ed. Rafael Inglada. Estudio introductorio de Emilio Miró. Málaga: Ayuntamiento de Málaga.
- (2008b) [1948]: *Los Laureles de Oaxaca. Notas y poemas de un viaje*. Introducción de José-Ramón López García. Edición facsímil. Sevilla: Renacimiento.
- Jiménez, Juan Ramón (1981): *Voces de mi copla. Romances de Coral Gables*. Prólogo de Francisco Giner de los Ríos. Madrid: Taurus.
- Litoral. *Revista de la Poesía y el Pensamiento* (1987): Francisco Giner de los Ríos. La rama viva y otros poemas. Antología. España 1932-

1938. México 1939-1966, 172-173.
- LIZAMA QUIJANO, Jesús (2006): La guelaguetza en Oaxaca: fiesta, relaciones interétnicas y procesos de construcción simbólica en el contexto urbano. México D.F.: CIESAS.
- LÓPEZ GARCÍA, José-Ramón (2010): «Mexicanidad, paisajismo y tradición simbolista en Los laureles de Oaxaca (1948), de Francisco Giner de los Ríos». En: Testimonios del exilio. El exilio en primera persona. Ed. Mercedes Acilona. San Sebastián: Hamaika Bide Elkarte/ Universidad de Deusto: 243-263.
- MIRÓ, Emilio (2008): «El bosque iluminado». Introducción a Francisco Giner de los Ríos: Jornada hecha. Obra poética (1932-1992), op. cit.: 5-76.
- MONTES GARCÍA, Olga (2005): «La fiesta de la guelaguetza: reconstrucción sociocultural del racismo en Oaxaca». Revista de Ciencias Sociales 11, 1: 9-28.
- ORTEGO CANTERO, Nicolás (2001): Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama. Madrid: Raíces / Caja Madrid.
- PÉREZ DE AYALA, Juan (2001): «México visto por cuatro poetas andaluces (José Moreno Villa, Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos y Luis Cernuda)». En: Actas del Congreso Internacional «Juan Rejano y el exilio de 1936 en México». Ed. Teresa Hernández. Córdoba: Diputación de Córdoba. Delegación de Cultura: 50-62.
- POOLE, Deborah (2004): «An Image of 'Our Indian': Type Photographs and Racial Sentiments in Oaxaca, 1920-1940». *Hispanic American Historical Review* 84: 1: 37-82.
- (2005): «Diferencias ambiguas: memorias visuales y la diversidad de lenguajes en la Oaxaca posrevolucionaria». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* 195: 125-162.
- SÁNCHEZ PRADO, Ignacio M. (2009): Naciones intelectuales: las fundaciones de la modernidad literaria mexicana. 1917-1959. West Lafayette, IN: Purdue University Press
- SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo (1940): «La rama viva y el amor eterno». *Romance* 13: 18.
- VALENDER, James (2012), «Notas sobre La rama viva (1940) de Francisco Giner de los Ríos». En: *Spanish Republican Exile Geographies*. Ed. Helena Buffery, Francis Lough, Elisenda Marcer y Antonio M. Sánchez. Birmingham: University of Birmingham: 343-351.

Fecha de recepción: 24 de junio de 2015
 Fecha de aprobación: 19 de octubre de 2015

